

I-6

temas propuestos

La enseñanza del Latín y el Vocabulario Básico *

Se ha tornado vulgar desde hace algunos años, cuando menos en Francia, el lamentarse de la pobreza del vocabulario latino de los alumnos en los últimos cursos de la Enseñanza Media. Cúlpase de ello a la exigüidad de los horarios, y, ciertamente, la situación mejoraría si el contacto con los textos, en presencia del profesor, se aumentara en varias horas por semana. Pero es sin duda inútil esperar el retorno al estado de cosas de antaño, a la época del discurso latino y de los versos latinos compuestos por los alumnos. Más vale preguntarse si nuestros métodos no deben adaptarse deliberadamente a las condiciones que se nos brindan, y si no debemos ingeniarnos en enriquecer la memoria de los alumnos con un número de palabras latinas que les permita leer los textos del programa, sin que esta lectura se reduzca a poco más que a hojear léxicos o diccionarios.

Se repite hasta la saciedad: el vocabulario se aprende con la lectura de textos. Pero ¿cómo leer estos textos, cuando se ignoran casi todas las palabras que en ellos se encuentran? "Una de las principales dificultades que hacen desagradable el ejercicio de versión a los alumnos es la del vocabulario—escribía el profesor de Lyon B. Vacheret en la revista *Classes Nouvelles* (25 de junio de 1948)—, y todo el mundo reconoce la necesidad de poner en práctica métodos nuevos para dominar esta dificultad. No sólo los alumnos saben pocas palabras, sino que conocen mal las que saben, y se sirven de ellas torpemente..." Es preciso, concluimos nosotros, atacar de frente esta di-

* Hemos rogado al señor Maurice MATHY, profesor de Letras en el Liceo de Annecy, el envío del presente artículo, que continúa, refiriéndolo al Latín, el tema de la gradación del vocabulario, ya tratado en lo que respecta al Inglés y al Francés dentro de esta misma sección, en nuestros números 42, 43 y 44. El señor MATHY, profesor de las "Classes Nouvelles" y colaborador en los "Cahiers Pédagogiques pour l'Enseignement du Second Degré", ha publicado en 1952 un Vocabulaire de Base du Latin (ediciones O. C. D. L., París) y un Carnet de vocabulario para uso de los alumnos en fascículo aparte. El Carnet ha sido reimpresso el pasado año de 1955.

Agradeceríamos a los catedráticos y profesores de Latín nos envíen sus observaciones y críticas con respecto al tema aquí propuesto, al igual que lo han hecho a los profesores de Inglés con respecto a la gradación del léxico en la lengua que enseñan.

En el Congreso de Estudios Clásicos celebrado en Madrid en el pasado mes de abril presentó una comunicación sobre "La enseñanza del vocabulario latino" el catedrático don Xavier de Echave Susaeta.

ficultad mayúscula desde el comienzo de los estudios latinos.

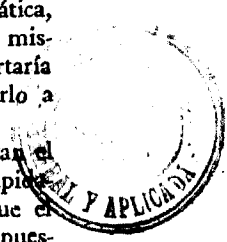
Ahora bien: ¿qué encontramos en los manuales que se proponen a los principiantes? Todo se presenta como si lo esencial fuera el aprendizaje de la gramática latina, y los textos no están allí más que para justificar las reglas enunciadas. No ignoramos, por cierto, el ejercicio intelectual que la gramática latina exige; pero comprobamos que todo ocurre como si se hubiera olvidado que en una lengua hay, ante todo, palabras. Pierre de Bourguet, en su muy bello libro *Le Latin: Comment l'enseigner aujourd'hui* (Picard, éd., 1947), dice en sustancia: "La gramática engendra hastío. Los métodos activos se han propuesto reducir lo más posible esta zona de hastío... La gramática, transformada en fin, es el hastío cultivado por sí mismo. El hastío prolongado todo un año no lo soportaría ningún adulto; no tenemos derecho de imponerlo a niños ni a adolescentes" (págs. 25-30, *passim*).

Y, sin embargo, ¡con qué entusiasmo comienzan el Latín los alumnos de clase sexta! ¡Pero qué rápidamente se apaga este interés tan vivo si se sigue el curso de los manuales! En efecto, los textos propuestos a los jóvenes latinistas contienen, desde las primeras páginas, demasiadas palabras diferentes para que se puedan familiarizar con ellas. Así, en el léxico de cierto manual de uso corriente figuran más de 2.500 palabras, aparte nombres propios, cuando a César le bastaron 2.754 para narrar la guerra de las Galias (según JANSSEN: *Beknopt woordenboek op Caesar*, B. G., Leiden, 1945). Otro manual nos ofrece un repertorio de cerca de 4.000 vocablos. Esta prolijidad no es, ¡ay!, específicamente francesa... Los programas oficiales dicen bien: "Estudio metódico del vocabulario." La mayor parte de los manuales no vacilan mucho en la cuestión del "método" a emplear. ¿Ha de estudiarse la tercera declinación? Alinearse bajo el título "vocabulario" una serie de palabras con genitivo plural en *-ium*, y después otra serie con genitivo plural en *-um*. Los profesores procuran que los alumnos aprendan de memoria estas palabras, que volverán a encontrarse en los ejercicios del manual. Análogamente, si se enseña la primera conjugación, se añadirá al cuadro de la misma una columna o dos con verbos del tipo *amare*. ¡Todo esto no es muy original, ni apasionante, ni eficaz!

A principios de siglo, un excelente latinista, J. BÉZARD, atacó el conjunto del problema de la enseñanza del Latín poniendo en primer plano la cuestión del vocabulario. Lo esencial de su método se recoge en dos obras: *Comment apprendre le latin à nos fils* (3.^a édition, 1914) e *Introduction à l'étude élémentaire du latin* (4.^a édition, 1934). Descansa en los siguientes principios:

1. Ningún ejercicio, tema o versión, debe incluir palabras desconocidas.
2. Predominio de los ejercicios orales durante los primeros meses.
3. Los ejercicios escritos, en su mayor parte, deben prepararse en clase.

Hemos empleado personalmente este método durante algunos años, con alentadores resultados. Sin embargo, tiene dos inconvenientes. El primero de orden "material": Bézard no ha compuesto un manual para los alumnos. Su introducción era *ad usum ma-*



gistri. De aquí la necesidad de un trabajo bastante considerable de policopia, etc. El segundo, más grave, es el de que el curso se apoya en el *Epitome Historiae sacrae*, que no está en nuestros programas de sexta clase.

Conservando los principios que han animado la enseñanza de J. Bézard, los hemos sometido a algunas modificaciones que teníamos *in mente*, y que hemos hallado materializadas en manuales americanos; sobre todo, en uno de ellos, el *Using Latin*, de SCOTT, HORN y GUMMERE (Scott, Foresman and Co. Nueva York, 1948). El punto de partida es un texto latino, compuesto para el caso. La primera dificultad que se aborda es la del vocabulario. Se trata de eliminar la dificultad "gramática" en los textos iniciales. Así, el primer texto se titula *Patria nostra*; no incluye más que palabras de sentido fácilmente reconocible, salvo una, y todas ellas en nominativo: *Gallia est patria mea, Gallia est patria tua. Gallia est patria nostra. Patria tua est terra pulchra... Patria nostra est terra libera. Gallia est terra libera...*, etc. Diversos ejercicios orales o escritos vuelven a utilizar estas palabras, cuya memorización es fácil. El segundo texto es más rico en vocabulario, pero vuelve a emplear también las palabras del primero. El tercer texto muestra ya el acusativo, e incluso la preposición subordinada elemental, construída con *quod* (porque). Y así lo demás. Durante los varios años en los que hemos experimentado este método hemos dictado textos a los niños (con la pronunciación "restituída"). Los alumnos se acostumbran de este modo a "oír" el Latín, y las faltas de ortografía son extremadamente pocas, despreciables, por así decirlo, y esto con gran asombro nuestro, de nuestros colegas y de los padres de los alumnos.

Sin embargo, no dejaba de planteárenos un problema grave: el de la selección del vocabulario. Cayó entonces bajo nuestros ojos una revista editada por una Asociación de profesores de Letras: la *Revue de la Franco-Ancienne* (número 88, 1948-1949, págs. 20 y siguientes). El señor MICHEA, profesor de Alemán en el Liceo de Périgueux, decía así: "Diferentes métodos empleados para la selección del vocabulario escolar: método etimológico, que agrupa los elementos léxicos en torno a un pequeño número de términos primitivos; método lógico, que investiga cuáles son, en una lengua determinada, las palabras que traducen las ideas más elementales y que pueden servir para escribir todas las demás. En fin, el método estadístico. Este último parece gozar del creciente favor de los lingüistas. Sencillo en su principio, pero de delicada aplicación, consiste en no retener para la enseñanza sino las palabras más corrientes. Su frecuencia está determinada con ayuda de recuentos, tanto más valiosos cuanto más metódica y extensamente se realicen. Ahora bien: los numerosos recuentos efectuados ya han revelado una muy curiosa estructura estadística en las lenguas: si se clasifican los elementos léxicos por orden de frecuencia decreciente, se comprueba que el valor de esta frecuencia disminuye con gran rapidez, de tal modo que a partir de un límite pronto alcanzado no hay sino una ventaja mínima, y cada vez menos apreciable, en añadir palabras nuevas a las que se conocen ya. Para citar cifras aproximativas, indiquemos que con un centenar de pala-

bras se cubre alrededor del 50 por 100 de la frecuencia total. Es decir, que si, sin tener en cuenta innumerables palabras compuestas, ni todos los términos técnicos que abrumaban cada vez más nuestros léxicos, se fija en 50.000 el número medio de las palabras de una lengua, las 100 primeras por orden de frecuencia se encuentran, poco más o menos, tan a menudo como las 49.900 restantes. Esas palabras son, por lo demás, en una gran parte, términos accesorios, que sirven como partículas gramaticales y ligan entre sí los términos propiamente significativos. Con un millar de palabras se alcanza generalmente el 80 por 100. En un gráfico se ve la curva de frecuencia, que desciende casi verticalmente, inclinarse fuertemente y tender a la dirección horizontal. Con 3.000 palabras se llega de ordinario a los alrededores del 90 por 100, lo cual quiere decir que las 47.000 palabras restantes del diccionario no representan más que el 10 por 100 de la totalidad del vocabulario empleado. Este hecho ha impresionado mucho a los estadísticos, y no resultaría fácil exagerar su importancia."

Más adelante, escribe el mismo autor: "La fijación de un vocabulario de este tipo, dispuesto según una metódica progresión, podría conferir a la enseñanza clásica mayor cohesión y estabilidad, y convertirse en auxiliar de un humanismo militante, decidido a defender sus posesiones adaptándose a las necesidades de la hora."

Por su parte, M. Mosse, profesor en el Colegio de Francia, se expresaba así en un informe publicado por la revista *Les Langues Modernes* (1948, núm. 1, fascículo B), pág. 98): "Creo que, si se quiere renovar y mantener el estudio de las lenguas que están en la base de la civilización occidental, será preciso, tarde o temprano, y temprano sería mejor, abordar igualmente, en lo que a ellas respecta, el problema del vocabulario y darle una solución, que sería sin duda bastante diferente de la que ha sido propuesta para las lenguas vivas."

Esta invitación nos ha impulsado a la acción directa en esta cuestión particular del vocabulario. Queríamos sondear la opinión de nuestros colegas, y no hacer algo estrictamente personal. Se nos brindó la ocasión en unas jornadas pedagógicas organizadas en Lyon en marzo de 1949; entonces pudimos conversar con medio centenar de profesores de Letras, y quedó constituída una Comisión del vocabulario latino, cuya secretaría ocupamos.

Determinar el vocabulario básico de una lengua moderna es singularmente complejo, puesto que hay lengua escrita y lengua hablada, obras clásicas y obras modernas, etc. Pero el caso del Latín es mucho más sencillo. Tenemos que habérnoslas con una lengua fijada, y particularmente con un número de obras bastante limitado: las que figuran en el programa de los cursos de Enseñanza Media. Entre éstas, hemos hecho una selección, por la razón siguiente: el vocabulario de nuestros autores (aparte el vocabulario técnico de determinada obra: el *Bellum Gallicum*, por ejemplo) parece no variar mucho de una obra a otra. Nos afirmó en esto una estadística, que debemos también a M. MICHEA. Tomando como base *Les mots latins groupés d'après le sens et l'étymologie*, de BRÉAL y BAILLY (obra clásica en Francia), recuento que comprende unos 4.800 términos, veamos lo que

con este bagaje puede comprenderse en un texto del programa. He aquí el número de palabras que figuran en el índice de la citada obra para algunos autores, tomadas en pasajes de 500 palabras sucesivas:

LUCRECIO	463
HORACIO, <i>Epístolas</i>	466
VIRGILIO, <i>Eneida</i>	467
CÉSAR	467
CICERÓN, <i>Pro Milone</i>	474
QUINTO CURCIO	479

Después de un examen a fondo, la Comisión a que antes aludimos fijó las obras siguientes:

CÉSAR: *Bellum Gallicum*. Extractos de los libros I, IV, VI y VII.
CICERÓN: *Primera Catilinaria; De Signis; Pro Murena; De Senectute*; extractos de las *Cartas*.

CORNELIO NÉPOTE: *Temístocles y Pausanias*.

HORACIO: 8 *Odas*; 3 *Epístolas*; 1 *Sátira*.

OVIDIO: Breves extractos de las *Metamorfosis*.

PLINIO: 9 *Cartas*.

SALUSTIO: *Catilina*, 1-30.

SÉNECA: 6 *Cartas*.

TÁCITO: *Annales*, IV, 1-22.

TITO LIVIO: XXI, 1-31.

VIRGILIO: *Eneida*, I, 1-519; *Eglogas*, IV y VI.

Ayudado por diez de mis colegas, despojé estos textos, dejando deliberadamente aparte las partículas, que figuran en las gramáticas y son indispensables. Un texto latino contiene, en efecto, de 40 a 50 por 100 de palabras gramaticales (30 por 100 solamente en los textos poéticos). Reseñamos más de 5.500 términos distintos. Todas las palabras encontradas menos de cuatro veces fueron relegadas si no podían remitirse a una raíz mejor atestiguada. Cuando una raíz verbal se encontraba frecuentemente en diversos términos compuestos, anotados cada uno una vez sola, aumentamos el índice de frecuencia en algunas unidades, pero sin rebasar jamás el 4; esto para una veintena de verbos en total. Se encontrarán otros detalles de presentación de la lista obtenida en el prefacio de nuestro *Vocabulaire de base du Latin*.

Hemos, pues, establecido una lista de palabras reseñadas, clasificadas por orden de frecuencia decreciente; *posse* viene en cabeza (481), seguido de *res* (441), de *dicere* (418), etc. En total, 2.210 palabras en números redondos. Las mismas palabras se clasificaron después por orden alfabético, acompañadas de términos encontrados dos o tres veces, que hemos añadido a una raíz ya recogida para dar una mejor idea de tal o cual familia verbal. 700 palabras se añadieron así a las 2.210 de la precedente lista; lo cual hizo subir el total a 2.910. Para completar el trabajo establecimos una lista alfabética de palabras gramaticales, que comprendía 280 términos. El total general es de 3.190, lo que supone una economía de 1.600 palabras respecto a la obra de Bréal y Bailly más arriba citada. Si volvemos a hacer nuestro cálculo sobre 500 palabras consecutivas—tomadas, naturalmente, en obras distintas de las empleadas para el recuento—, éste es el resultado:

LUCRECIO	455 (contra 463)
HORACIO, <i>Epístolas</i>	446 (— 466)
VIRGILIO, <i>Eneida</i>	457 (— 467)
CÉSAR	487 (— 467)
CICERÓN, <i>Pro Milone</i>	476 (— 474)
QUINTO CURCIO	460 (— 479)

Así, pues, la variación máxima es de 20 palabras menos en HORACIO, y 20 más en CÉSAR. He aquí algunas indicaciones suplementarias:

LUCRECIO, al que no habíamos tomado en cuenta: 45 palabras faltan en nuestras listas, entre las cuales 10 no ofrecen dificultad alguna de sentido (*fluidus, lampas*) o se remiten a radicales conocidas (*prosterne-re, effugere*).

HORACIO. Nos faltan 54 palabras sobre 500. Tres palabras se repiten dos veces. Encontramos también términos fáciles, como *testamentum, bruma, porcus*, etcétera.

VIRGILIO. Faltan 43 palabras. Dos repeticiones las dejan en 41. Además, 15 palabras se repiten fácilmente o se pueden referir a raíces muy conocidas (*lamentabilis, humidus, refugere, costa, caverna, revincire*, etc.). Así, pues, faltan realmente 26 palabras.

CÉSAR. Trece términos faltan. Entre ellos *sevocare, circumstistere, postponere*.

CICERÓN.—Dos palabras repetidas entre las 24 que no se encuentran en nuestras listas. Siete términos se comprenden sin dificultad (*obstare, effeminatus*, etc.).

QUINTO CURCIO, que no ha figurado en nuestros recuentos. Entre las 500 palabras sacadas de su *Historia de Alejandro* faltan 40 en nuestras listas; cuatro están repetidas, y cinco son compuestos muy reconocibles, cuyas raíces están recogidas. Otras se leen fácilmente (*medicamentum, venerabilis*).

“Si se duda del beneficio realizado—escribe en el prefacio con que ha querido honrarnos M. MAROUZEAU, profesor honorario de la Sorbona—, que se haga, como yo, la experiencia: tomé el principio de *Pro Archia*, y poniéndome en el lugar del alumno que se ha de valer por sí mismo, pero disponiendo de las mil primeras palabras aproximadamente del vocabulario básico, tan sólo una vez—verbo *infitiari*—me hube de quedar perplejo.”

No nos hacemos, ciertamente, ilusiones; nuestra selección ha tenido, pese a todo, una repercusión sobre la presencia o ausencia de ciertas palabras, particularmente de bajas frecuencias. Se habría necesitado tiempo y valor para despojar un número tres o cuatro veces mayor de textos, tarea fastidiosa si las hay.

Verdad es que si no hubiéramos leído el *De Senectute* tendríamos índices más bajos para *senex* (80) y *senectus* (101). No creemos, sin embargo, que el resultado hubiera sido muy distinto con un recuento más extenso. Un corresponsal canadiense, cuya firma no hemos podido descifrar exactamente, nos escribió hace algún tiempo para señalarmos que convendría añadir un centenar de palabras a nuestra lista, sobre la base de otras listas, acerca de las cuales no nos daba ninguna indicación. Se comprenderá que no podemos proceder arbitrariamente. Por fortuna, entre estas 100 palabras, un cierto número figuraba en realidad en nuestra lista, y había escapado a nuestro colega canadiense. Somos en parte responsables por no haber respetado siempre el orden alfabético.

Ya en 1909 apareció un vocabulario estadístico de Latín: el *The Vocabulary of High School Latin*, de GONZALES LODGE, publicado por la *Columbia University Press* (Nueva York). No hemos podido encontrarlo. La Biblioteca Nacional tan sólo nos ha facilitado el título exacto, según el cual han sido utilizados

por el autor los cinco primeros libros de la *Guerra de las Galias*, las *Catlinarias*, el *De Imperio Cn. Pompei*, los seis primeros cantos de la *Eneida*. En 1949, dos meses después de la constitución de nuestra Comisión del Vocabulario Latino, aparecía en Inglaterra una obra, cuya existencia no hemos conocido hasta 1952, cuando nuestro manuscrito estaba ya en la imprenta. El *Latin Basic Vocabulary*, publicado por *The Orbilian Society, The Grammar School, Blackpool (Lancs.)*, es un librito bien presentado para uso del alumno. No se indican todos los textos despojados con precisión, y no tiene índice de frecuencia. Se da el sentido de las palabras latinas. En total, 2.570 palabras, de las que son gramaticales 470.

Por lo que nos respecta, nuestro propósito era establecer una lista de palabras para uso de los profesores, y muy en particular para los que se proponen la redacción de un manual. Pero como no nos era posible editar la obra por nuestra cuenta, hubimos de preparar un *Carnet de Vocabulaire* destinado al alumno, para no tener que rogar a nuestro editor que se metiera en una obra puramente filantrópica. Este *Carnet* trae solamente las listas alfabéticas, cuidadosamente revisadas para la segunda edición. No se indica el sentido de las palabras. Hemos querido que el alumno intervenga en la confección del *Carnet*, ano-

tando los sentidos a medida que encuentre los términos en los textos, con o sin las indicaciones del profesor, según los cursos. El *Carnet* puede acompañar así al alumno durante toda su escolaridad, y permitirá controles eficaces.

Esperábamos, sobre todo, como acabamos de decir, proponer temas de reflexión a los autores de manuales. Algunos de ellos, en una reciente floración, se han limitado apenas a una mención en sus prefacios. No era esto lo que deseábamos nosotros. Tan sólo la colección que dirige Roger Gal, en las ediciones O. C. D. L., ha innovado en materia de vocabulario como en materia de gramática, adaptándose realmente a las condiciones de la enseñanza del Latín tal como son y no tal como desearíamos que fueran.

Para terminar, sin abusar del espacio que aquí se nos brinda, digamos que el *Carnet de Vocabulaire* ha rebasado nuestras esperanzas por la acogida que le han reservado nuestros colegas de Francia y del extranjero. Con toda modestia, desearíamos haber suscitado el interés de nuestros colegas españoles para el mayor bien de sus alumnos, aun cuando este interés no se manifestó en el sentido en que lo hubiéramos esperado.

MAURICE MATHY

estudios

La lengua nacional en la Enseñanza Media

Comienzo con este artículo a publicar una serie de trabajos sobre Metodología literaria en la Enseñanza Media, que, a manera de reflexiones autocríticas, me han ido brotando a lo largo de mi vida profesional. No pretendo con ellos descubrir novedades ni trazar normas, sino discurrir sencillamente con mis compañeros de profesión acerca de las preocupaciones que nos crea nuestro trabajo diario. Mi aspiración quedaría lograda si, por encima de los asentimientos y discrepancias que mis palabras susciten, flotase en el ánimo de mis lectores la convicción de que estoy tratando, efectivamente, de temas medulares comunes a cuantos hemos dedicado y dedicamos nuestra ilusionada actividad, por deber y por gusto, a la enseñanza de la lengua nacional y de la literatura.

Ahora que las reformas implantadas en la Enseñanza Media han vuelto a agitar los problemas docentes, bueno será discurrir sobre los fines y métodos de una disciplina poco definida en su contenido, pero que todos consideran como básica en la formación de la personalidad. Nadie puede negar la importancia real de los planes de estudios, cuestionarios oficiales y disposiciones legislativas. Pero los maestros viejos hemos aprendido que sería ilusorio pensar que el sis-

tema educativo de un país puede modificarse profundamente con leyes y reglamentos. La legislación es cauce y no caudal. Al día siguiente de aprobarse cualquier disposición del Poder público, la enseñanza nacional sigue siendo la misma de ayer. Para mostrar cómo las reformas docentes duraderas son producto de un lento madurar de la cultura en la conciencia de cada país, voy a ensayar, en este primer artículo, un bosquejo histórico de las vicisitudes que la enseñanza de la lengua materna ha ido recorriendo en diversas naciones para determinar sus fines propios y sus métodos, desde que el Renacimiento comenzó a descubrir que las lenguas vulgares eran valiosas por sí mismas.

EL FRANCÉS COMO LENGUA NACIONAL

En lo que se refiere a enseñanza de la lengua materna y de la Literatura nacional, es Francia el pueblo que ofrece un nivel más elevado entre los países modernos. Ha creado un verdadero culto a sus clásicos literarios y ha hecho de la enseñanza de su lengua la preocupación más exquisita de todo el sistema educativo. Aunque sean muchas nuestras discrepancias en otros aspectos de la educación francesa, especialmente con respecto al tono de la vida en los liceos, es forzoso reconocer la superioridad de los bachilleres de Francia en las materias objeto de este artículo.

Los jesuitas establecen su enseñanza en París en 1561. Entre los tres años de Gramática y los dos de Filosofía se intercala la gran novedad: la clase de Humanidades y la Retórica enteramente renovada (1). El Renacimiento ha pasado por Europa revelándole

(1) LIARD, *L'Université de Paris*.